11

¡¡ABAJO LAS QUINTAS!!

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

ALEJANDRO MARTIN VELAZQUEZ

Y

EDUARDO NAVARRO GONZALVO.

Estrenada con extraordinario éxito en Madrid el 13 de Octubre de 1870.

MADRID.
EL TEATRO Y ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.
Oficinas, Pez, 40, segundo.
1870.

¡¡ABAJO LAS QUINTAS!!

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/abajolasquintasc3391mart

¡¡ABAJO LAS QUINTAS!!

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

ALEJANDRO MARTIN VELAZQUEZ

Y

EDUARDO NAVARRO GONZALVO.

Estrenada con extraordinario éxito en Madrid el 13 de Octubre de 1870.

MADRID.
IMP. A CARGO DE J. LOPEZ, SAN LUCAS, 6,
1870.

257919

PERSONAJES.	ACTORES.
MARIA.	Srta. Alonso.
FELISA.	» Tomás.
JUAN..	Sr. Marcote.
JORGE.	» Tormo.
PEDRO.	» Ontiveros.
JULIAN.	» Pozo.

1869.—La escena se supone en un pueblo de Castilla.

La propiedad de esta obra pertenece á sus autores y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quien haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traduccion.

Los Comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los señores Gullon é Hidalgo, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Sala baja de una casa de pueblo, puerta de entrada al foro, y otra lateral derecha; á la izquierda una ventana practicable, mesa y sillas toscas.

ESCENA PRIMERA.

JUAN, MARIA (*apoyada en la ventana.*) *Música de guitarras lejana y débil.*

MARIA. ¿Escuchas, de las guitarras
los destemplados acordes
con que procuran los mozos
ocultarnos sus dolores?
¡Suspiros son, que se escapan
de sus buenos corazones!

JUAN. Cállate por Dios, María...

MARIA. ¡Juan!

JUAN. ¡Por Jesucristo!

MARIA. ¿Oyes?
Te callas, bajas la frente.—
Qué es eso, Juan?

JUAN. No conoces
el daño que tus palabras
hacen en mi pecho, esconde
este un corazon de hierro
no insensible á los dolores
que el mundo por lo terribles
verdugos llama de goces.

MARIA. Pero tu lengua está muda!

JUAN. ¡Feliz el que grite y llore!

MARIA. Hijo mio!

JUAN. Mi cariño

paternal, tú desconoces?

MARIA. No, Juan, no; yo sé lo mucho
que quieres á nuestro Jorge.

JUAN. Por qué de mí desconfias?
Por qué me insultas entonces
ó crees que no sentimos
las penas tristes los hombres,
porque no vertamos llanto
ó lo espresemos á voces?

MARIA. Perdona.

JUAN. Aquí anda la mano
de algun necio.

MARIA. (Que lo ignore).

JUAN. Pedro tal vez...

MARIA. ¡Juan!

JUAN. ¿No es cierto?
Dime la verdad...

MARIA. ¡Yo!..

JUAN. ¡Pobre!
No sabe que de ese modo
el gozo trueca en dolores
de otra familia, causando
en su hogar, penas atroces.
Yacude á misa el domingo
y se dá en el pecho golpes,
y aparecer en el mundo
quiere, por honrado y noble,
y robar rastreramente
intenta á un anciano un jóven;
y mañnna, que á este padre
la vida el pesar le robe
para verle moribundo
tendrá valor que le sobre!

MARIA. Nadie quiere separarse
de sus hijos.

JUAN. Mas se oponen
otros medios que no causen
á nadie males traidores.

MARIA. Pero la ley...

JUAN. Contra esa
hay que asestar rudos golpes,
contra esa ley fementida
guarida vil de opresores
que ocultan los anchos pliegues
de los hispanos pendones!
Muralla do se resguardan

los ambiciosos, que á voces
claman, «La patria peligra.»
«Vengan hombres, vengan hombres.»
Y luego, esos ambiciosos
de fortunas y de honores,
con esa ley en la mano
para conservar el órden (*ironía*)
hacen que unos á otros
se maten, se hieran, se odien.
¡Qué importa si por el campo
la sangre á torrentes corre?
Los padres penan? ¡que penen!
Las madres lloran? ¡que lloren!
Consiguiendo ellos su objeto
las consecuencias no importen!

MARIA. Terrible estás.

JUAN. No, inflexible
y duro, con los traidores;
si gobernar no se puede
sin armas y sin millones,
que al pueblo no le prometan
suprimirlo, que aunque noble,
¡ay si un dia rompe el yugo
de la iniquidad, que entonces
habrá torrentes de sangre
sin reparar en colores!

MARIA. No te exasperes.

JUAN. Es cierto.

MARIA. Veamos cómo ó por dónde
salvar podemos al hijo
que es nuestro sosten...

JUAN. Las doce
sonarán pronto, esa hora
contestará.

MARIA. Si responde
desgraciadamente...!

JUAN. Calma,
y valor. (*Oyense campanadas.*)

MARIA. (*Angustiada.*) ¡Oh!

JUAN. !Son las once!

(*Aparece* FELISA *por el foro y se dirige á los brazos de su madre.*)

ESCENA II.

FELISA, *Dichos.*

FELISA. ¡Madre!
MARIA. ¡Felisa del alma!
¡Ah, tú tambien con enojos
muestras con llanto en los ojos
tus amarguras!
JUAN. Ten calma,
no te aflijas, hija mia.
FELISA. ¡Padre!
JUAN. Repara un momente,
que es Felisa, tu contento
nuestra mejor alegría.
Esperanza y fé.
FELISA. ¡Por Dios!
¿Cómo quereis que mi pecho
no esté de dolor deshecho?
JUAN. Habla... por quién?
FELISA. (*Con explosion.*) ¡Por los dos!
que en este contínuo afan
en que luchando me vés
solo por Jorge no es,
que es tambien, por Julian.
JUAN. Felisa!
FELISA. (*Reprimiéndose.*) Si triste gimo,
padre, por él, no es en vano,
porque si Jorge es mi hermano
Jnlian tambien es... mi primo!
MARIA. Tal vez no se irán de aquí.
FELISA. ¡Que no! ¿es eso verdad?
JUAN. María!
FELÍSA. Esta soledad
será la muerte!
MARIA. (¡Ay de mí!)
JUAN. Reporta, mal que te cuadre
esos estremos de angustia,
y mira la frente mústia
por el pesar, de tu madre.
FELISA. ¡Ah, perdon! los quiero tanto.
MARIA. De qué me pides perdon!
Las penas del corazon
solo se alivian con llanto!
JUAN. Sois unas locas de atar.

No me veis á mí sereno?

MARIA. Juan, pon la mano en tu seno,
y rie!

JUAN. (¡Voy á llorar!)

MARIA. Si se lo llevan...

JUAN. ¡María...!

MARIA. En su inseguro volver
cómo llorarás, al ver
su pobre cuna vacía!
y de noche, al regresar
de las diarias tareas
cuando solo y triste veas
su sitio junto al hogar...
gemirás... y tus consejos
no podrá oir... ¡hijo mio!
vendrá el invierno... y el frio,
¡seremos los dos tan viejos...!
faltará el pan... el trabajo
y en este negro horizonte
no le verás por el monte
corriendo por el atajo!
Y en ese eter nosufrir
de larga ausencia...

JUAN. !María!

FELISA. ¡Calla por Dios, madre mia,
que yo me siento morir!
Con esperanzas soñando,
en grata afeccion viviendo
dulce, alegre sonriendo
y en la ventura gozando.
Dejé en alas del deseo
remontarse el alma mia,
porque en España creia
que era un fantasma el sorteo.
Alhagábame esta idea
creyéndola un dogma santo.
¡Nos la repitieron tanto
desde Cádiz á Alcolea!
Que libre de ese temor
formé mis amantes lazos
juzgando que eran mis brasos
su única cárcel de amor!
Padre, dí, ¿si un pueblo bravo
por vivir libre, perece,
llega un dia, en que merece
las cadenas del esclavo?

JUAN. ¡Nunca: de ser libre en pos
sin cesar corre y batalla!
MARIA. Pues entonces, por qué calla
y sufre?
JUAN. ¡Sábelo Dios!

ESCENA III.

Dichos, JORGE.

JORGE. (*Escudriñando la escena.*)
¡Tampoco; suerte mas negra!
FELISA. A quién buscas?
JORGE. A Julian.
FELISA. (Nada sabe.)
JORGE. Se escurrió
sin advertirlo, hace ya
hora y media. ¿Tú no sabes...?
FELISA. Yo no... (*turbada.*)
JORGE. Es pecado mortal,
como dice el señor cura...
FELISA. Jorge!
JORGE. A su hermano engañar.
FELISA. Yo no miento.
JORGE. Hace muy poco
me ha dicho el tio Perillan
que le vió contigo hablando
en la puerta del corral.
FELISA. Pero hace mas de hora y media.
JORGE. No puede ser.
FELISA. ¿Que no? (*ruborizada.*)
JORGE. ¡Quiá!
los colores de tu cara
me dicen que no es verdad.
(*reparando*) ¿Por qué lloras, madrecita?
MARIA. Por qué tengo de llorar!
¿Y el sorteo?
JORGE. Si es por eso
por lo que llora, hace mal:
si sacó el número uno
y por él debo marchar
á ver tierras que no he visto
y que no veré jamás
de otro modo, no se apuren
que pienso que cuando acá
vuelva, seré por lo menos

comandante ó capitan.

MARIA. Hijo mio!

FELISA. Pobre hermano!

JUAN. ¡Ilusion!

JORGE. No valgo mas
que el hijo del tio Tembleque?
Pues segun escribe, es ya
sargento segundo... ¡él que era
así tan zopenco, y tan...

MARIA. No sabes lo que te dices.

JUAN. ¿Y nos abandonarás
con gusto?

JORGE. (*Con arranque*). Lo que es con gusto
no señor!

MARIA. Hijo mio!

JUAN. Tal
respuesta esperaba.

JORGE. Yo
digo siempre la verdad.
Decidme, ¿acaso en el mundo
alguna fortuna habrá
que por la que aquí disfruto
con gusto pueda trocar?
Pero usté siempre me dijo
que la ley es muy tenaz
y que al que no la obedece
males sin cuento le dá.
¡Sus consejos, en mi pecho
grabados con fuego están!

JUAN. Plácenme palabras tales
de tus lábios escuchar.
Que el que es buen hijo, por fuerza
buen ciudadano será,
defensor noble y valiente
de la patria y libertad.
Si por desgracia, hijo mio,
de aquí mañana te vas,
á vestir el uniforme,
cumple cual buen militar,
y no dispares un tiro,
no olvides esto jamás,
aunque te manden, no siendo
por el honor nacional.

ESCENA IV.

Dichos, JULIAN.

JULIAN ¡Bueno tio!
FELISA. (Viene solo.)
JORGE. No lo olvidaré.
JUAN. Julian,
por si á tí te toca, nunca
lo que oiste has de olvidar.
JULIAN. Lo prometo.
JUAN. Hay ambiciosos...
JULIAN. Apoyo en mí no hallarán,
que los que intentan en guerras
civiles, tio, medrar,
esos, lo sé demasiado,
odian al buen liberal.
JUAN. Soy dichoso al escucharte.
FELISA. ¡Son muy buenos!
MARIA. ¡Vaya un par!
JULIAN. Jorge, los amigos dicen
que tardas mucho..
JORGE. Quizá
lo digan por tí.
JULIAN. Pues no hace
que volví...
JORCE. Hipócrita!
JULIAN. ¡Ya!
JORGE. Que lo diga mi hermanita.
JULIAN. (*á Jorge.*) (Por el cielo!)
FELISA. (*idem.*) (Por piedad!).
JORGE. Amor que se oculta, creo
que no es honrado, Julian.
FELISA. Dudas acaso de mí?
JULIAN. ¿De mí, Jorge dudarás?
JUAN. Mi atencion, por cierto llama
ese obstinado negar.
MARIA. Yo no creo...
JORGE. A vuestro gusto.
JULIAN. No vienes...
JORGE. Pronto iré allá.
MARIA. Yo tambien...
JUAN. Felisa...
FELISA. ¡Padre!
JUAN. (Quiero saber la verdad.)

(*Salen* Maria *y* Julian *por el foro*..—Juan *y* Felisa, *derecha.*)

ESCENA V.

Jorge.

¿Cómo le diré con calma
á mi corazon que calle,
si en cada flor de este valle
dejo un pedazo del alma?
¿De qué sirve la fortuna
en cambio de mi reposo,
á mí, que vivo dichoso
viviendo junto á mi cuna!
¿Y qué es el soldado? Un sér
vestido con pompa vana,
muralla de carne humana
entre el pueblo y el poder.
Con táctica muy sutil,
hacen de un hombre un soldado
y le arrancan el arado
dándole en cambio un fusil:
y va de luchas en pos
sembrando el mal por la tierra
y hace la guerra, ¡la guerra
que es el azote de Dios!
¡Y al apurar esta hiel
que hace temblar al mas fuerte
le llaman «Jugar la suerte»
con un cinismo cruel!
hoy si por desgracia yo
sucumbo en la lucha impía...
¡maldigo la suerte mia,
y á la ley que me arrastro!

ESCENA VI.

Juan, Felisa, *á poco* Pedro.—*Foro.*

Felisa. ¡Padre mio!
Juan. Nécio afan
si no obedeces sumisa.,.
Pedro. ¿Por qué gritas con Felisa?
Qué es esto, qué pasa, Juan?
Juan. Nada.
Pedro. Tu torvo semblante

me dice en su ceño tanto!
Mírala... tiembla de espanto
á su pesar.

JUAN. ¡Eh, bastante!
cesa, Pedro, en tus preguntas
que me cansan.

PEDRO. Mas...

JUAN. Chiton!

PEDRO. Juan... la ira, y la razon
jamás caminaron juntas.
Y aunque mi teson te aflija
deja al fin que en este asunto
tome yo cartas, al punto.
Es mi sobrina.

JUAN. ¡Es mi hija!

PEDRO. Tu título haces valer,
mas mi ánimo no doblegas.
¿Sirve el título que alegas
para hacerla padecer?

JUAN. Pedro!

PEDRO. Tu genio algo raro
mil sinsabores te cuesta.

JUAN. Tengamos en paz la fiesta.

PEDRO. Eso quiero, hablemos claro.
Cuenta tu pena, sobrina,
sin temor ni cortedad.
Dinos toda la verdad,
que yo te escudo.

FELISA. Imagina
mi padre, con rudo enojo
que yo cometí imprudente
una falta que á mi frente
pudiera causar sonrojo.
Y en este terrible dia
en que el azár de una suerte
pudiera causar mi muerte
ó destruir mi alegría,
aunque por pena cruel
el corazon destrozado,
por si el pobre va soldado
quise despedirme de él;
y entre la amarga agonía
de tan solemne momento,
exigirle el juramento
que jamás me olvidaria.

PEDRO. Cumpliste con tu deber.

JUAN. (Ya mi sospecha deploro).
PEDRO. ¿No te enternece ese lloro
que muestra su padecer?
JUAN. Basta. Déjanos, Felisa,
tenemos solos que hablar.
FELISA. ¡Tio!
PEDRO. Cesa de llorar,
torne á tu faz lc sonrisa,
que una risueña esperanza
en mi corazon advierto
de salvacion.
FELISA ¿Será cierto!
JUAN. (*Con dulzura*). Déjanos, es una chanza.
(*Váse* FELISA, *lateral derecha.*)

ESCENA VII.

JUAN, PEDRO.

PEDRO. ¿Por qué con la faz severa
sin temor de que se aflija
desconsuelas á tu hija?
JUAN. Porque eso es una quimera.
PEDRO. No tan quimera, no, Juan,
yo sé de cierto remedio...
JUAN. Esplícame pronto el medio,
que me impaciento.
PEDRO. Tu afan
encuentra un eco en mi alma.
Yo de esos dolores sé,
yo soy padre.
JUAN. Bien, y qué?
PEDRO. Calma, Juan.
JUAN. ¡Que tenga calma!
PEDRO. De casa el médico vengo,
es nuestro amigo, y paisano,
y un recurso soberano.
JUAN. (¡No sé cómo me contengo!)
PEDRO. El, por cierta cantidad
pondrá su ciencia y su astucia
hasta encontrar una argucia
con que salvarlos.
JUAN. ¿Verdad?
PEDRO. Pondrá defecto en sus ojos,
en el pecho, en los pulmones,
y con sebo de doblones

hasta los pasa por cojos.
Buscará recursos muchos
con audacia y con descaro...
y entre dos... no será caro.
¡Aquí de los hombres duchos!
Con que avente á la razon,
don Tadeo es muy zamarro,
pero en untándole el carro
se salva la situacion.
Y no es un pretexto fútil...
ya estoy riendo, al pensar...
las teclas, que va á tocar
para probar que es inútil!

JUAN. ¿Y no ves mal que te cuadre
que al sobornar á la suerte
firmas sentencia de muerte
horrible para otro padre?
¿Contemplará tu egoismo
tranquilo, tanta maldad?

PEDRO. Mira, Juan... la caridad
comienza por uno mismo.
Sálvese el...

JUAN. Con malicia...

PEDRO. ¡Toma, la ley lo consiente!

JUAN. Mientras gime otro inocente.
Pedro, tan negra injusticia
jamás podré consentir.

PEDRO, Pero, Juan...

JUAN. Soy muy honrado,
si Jorge sale soldado
te lo juro, irá á servir.

PEDRO. La quinta, ya no es deber
que abolirla prometieron...

JUAN. Y qué quieres; nos mintieron:
siempre es lo mismo el poder.
Confieso que es un infierno,
y aunque la razon te sobre
¡no ha de pagar otro pobre
las infamias del gobierno.

PEDRO. Serán buenas tus razones
mas sé por medios distintos,
que ya no sacan los quintos
en las grandes poblaciones.
Y es forzoso que me creas
que yo ya entiendo ese ardiz
los que no van en Madrid

los sacan de las aldeas!
Permite aunque no te cuadre
que te demuestre el error...

JUAN. Dime, Pedro... ¿mi dolor
no es igual al de otro padre?

PEDRO. Son nuestros hijos tan buenos!
nuestra ventura desean...!

JUAN. Y aunque malos otros sean,
los quieren los padres menos?
No me podrás convencer
ni obligarme á que obre mal
ante el amor paternal
está la voz del deber!

PEDRO. Y tu esposa? tu María,
que le adora!

JUAN. Te repito
que para Jorge, no admito
tan negra superchería!
Si la suerte le es fatal
y saca el número uuo,
por él no tiemble ninguno,
irá á servir. (*Váse, lateral.*)

PEDRO. ¡Voto á tal!

ESCENA VIII.

PEDRO.

Que no quiere? la franqueza
con que lo dice me gusta.
Que él es noble, que es honrado,
que ama á su hijo con ternura
y no le salva! estos hombres
lan honradotes me asustan.
Y yo, torpe, sin rodeos
lo he dicho todo... la tumba,
sin comprender lo que hacia,
abri á mi proyecto. ¿Es justa
la causa? Pues adelante,
que á los buenos Dios ayuda!
(*Váse precipitado por el foro.*)

ESCENA IX.

FELISA *á poco* JULIAN.

FELISA. Llorando mi pobre padre,
está, con acento ronco,
«sal á la sala,» me dijo·
y en suspiros y sollozos
fué á ocultar su pesadumbre
de la casa en lo mas hondo!
JULIAN: Felisa!
FELISA. Julian! qué quieres,
por qué dejas á los mozos?
JULIAN. Descuida, que no haré falta,
los dejo bebiendo mosto
porque desean tomar
fuerzas, y alegrarse un poco.
FELISA. El caso no es para menos
JULIAN. Es verdad.
FELISA. Y tú?
JULIAN. Yo solo,
cobrarlas puedo, Felisa,
con el fuego de tus ojos.
Si marchar debo á la guerra
á herir y matar al prógimo,
y por débil, ó inesperto
caigo prisionero, y corro
peligro de morir lejos
de tí, para ser dichoso
en trance tan fiero y duro
quiero aquí grabar tu rostro!
FELISA. Julian, escucha un consejo;
hijo del alma; es muy corto.
Lo que lejos de mi casa,
Julian, hay, sabes que ignoro
y tambien por qué los hombres
se matan unos á otros!
Pero dice el señor cura,
y dice muy bien, que somos
hermanos, y que debemos
dejando á un lado los ódios,
al que llora, consolarle,
y al débil, prestarle apoyo.
¡Si por desgracia á la guerra
fueras tú, sé generoso

con el vencido, que acaso
aquel pobre, cual nosotros
tenga hermanos, tenga padres,
ó mujer, que ese abandono
trocára en un mar de penas
lo que hoy es dulce reposo.
La guerra! sarcasmo horrible!
¡acaso no habrá algun modo
de arreglar esas cuestiones
tan terribles?

JULIAN. Ambiciosos
las promueven, ¡que en los charcos
de sangre, tambien hay oro!

FELISA. El pensarlo solamente
me causa pena y enojo.

ESCENA X.

Dichos, JORGE.

JORGE. (¡Como siempre!) Ví á tu padre (*á* JULIAN).
y me ha dicho que si apoyo
el mio le diera, para
desarrollar á su antojo
un proyecto que medita,
estábamos libres.

FELISA. ¡Todos?

JORGE. Eso es lo que no me ha dicho,
pero el tio es generoso
y en bien de los dos, yo creo
que no trabajará solo.

JULIAN. Si no es así...

JORGE. Yo no acepto
porque fuera bochornoso
que de tres, fuéramos libres
dos, en perjuicio del otro.

FELISA. Tu resolucion aplaudo.

JULIAN. (No sé por qué me sonrojo.)
Mi padre vendrá?

JORGE. Segun
me dijo, vendrá muy pronto.

JULIAN. Le diremos que hable claro.

JORGE. Yo seré.

FELISA. No, yo.

JORGE. Es antojo.

JULIAN. Me corresponde.

FELISA. Es lo cierto.
JORGE. Aquí está.
PEDRO. (Juntitos todos!)

ESSENA XI.

Dichos, PEDRO.

PEDRO. De qué tratais, hijos mios,
que tan triste os encuentro?
Para salvar á los dos
tengo...
FELISA. Hable usted...
PEDRO. Un proyecto,
que aunque tu padre resiste
por mil escrúpulos nécios
yo espero hallar en vosotros
ayuda.
JORGE. Bien, (ya veremos).
PEDRO. No sabeis, hijos del alma,
la agonía, el sufrimiento
que esperimenta el soldado
cuando de su pueblo lejos
en las cuadras nauseabundas
del cuartel, lleva en su seno
los pensamientos tristísimos
de sus amargos recuerdos.
De una madre cariñosa
siente el calor de los besos,
la bendicion de sus padres
y de sus hermanos, tiernos
el «adios» entrecortado,
entre suspires deshecho,—
de sus amigos, no olvida
tampoco el grato recuerdo
en las horas placenteras
que deslizara con ellos;
y recuerda de su amada
de llanto los ojos llenos
la postrera despedida
que acompañó un juramento,
y siente en su frente mústia
por el dolor y el deseo
de aquellos lábios purísimos
el primer y último beso,
y entre lágrimas amargas

y quejas que lleva el viento
su corazon va secándose
al amor, y á los recuerdos.
Y cual la flor sin aroma
que seca el sol con su fuego,
y cuyas hojas marchitas
arrastra veloz el cierzo,
así, tambien de su alma
se marchita con el tiempo
la flor de las ilusiones,
cuyas hojas de recuerdos
arrastra la indiferencia
de su corazon muy lejos!
Y olvida patria, y amigos,
y olvida, padres, y deudos
y se convierte en autómata,
trasformándose en un siervo
que obediente á la ordenanza
sirve de vil instrumento,
y mata, si «mata» dicen
dispara á la voz de fuego,
y no hay nada para él
que despierte el sentimiento
de su patria, y su familia,
de su amor, y sus deseos
porque ya los guarda todos
su cuartel, y el regimiento!

JORGE. Tio, esa triste pintura
exagerais.

PEDRO. No lo creo,
esta es la pura verdad,
y cuenta que no refiero
sus pesares, sus fatigas...
sus dolores, porque eso,
aunque triste y doloroso
no es tan malo como aquello.—
Aquellas noches de frio
que aterido, en el invierno
pasa en larga centinela
ó en húmedos campamentos:
esas jornadas inmensas
que despedazan su cuerpo,
con el fusil en los hombros
y el pié llagado y sangriento,
con hambre, con sed...

FELISA. ¡Oh, basta!

basta tio, tengo miedo.

PEDRO. La esclavitud de los blancos
que con las quintas tenemos,
es tan infame, tan mala,
cual puede ser la del negro,
que bajo el sol de los trópicos
fecundiza los ingenios.
¡Malnaya la esclavitud
de los blancos, y los negros!

JULIAN. Padre!

PEDRO. Yo puedo libraros
de esa...

JORGE. Cómo?

JUAN. (*Saliendo.*) ¡Basta, Pedro!

ESCENA XII.

Dichos, JULIAN.

JORGE. ¡Padre!

JULIAN. ¡Tio!

JUAN. Bien, me gusta.

PEDRO. (Pues señor, malo va esto).

JUAN. Aquí procuras tus redes
tender sin estorbos. Bueno,
los débiles, las mujeses,
secundarán tus proyectos,
que es propio de almas cobardes
y de tímidos mancebos,
escapar de un fin terrible
sin reparar en los medios

JORGE. ¡Padre!

JULIAN. ¡Tio!

PEDRO. Juan!

JUAN. ¡Calláos!

PEDRO. (¡Tiene el corazon de hierro!)

ESCENA XIII.

Dichos, MARIA *que entra desolada.*

MARIA. ¡Ay, Juan!

PEDRO. (*á Juan.*) (¡Su dolor conoce!)

JUAN. Por qué vienes afligida?

MARIA. Van á empezar en seguida.

FELISA. ¿Cómo?

MARIA. Van á dar las doce!
JUAN. Y ese terror?
MARIA. No es en valde,
JUAN. Temprano al pesarte inmolas.
MARIA. Yo vi el cántaro, las bolas,
y al secretario, al alcalde.
¿Tú no lloras?
JUAN. Y lo siento,
mis dolorosos gemidos
ni taladran los oidos,
ni van perdidos al viento.
Yo no lloro, y ¡ay de mí!
juzgais que padezco menos.
Voy con los ojos serenos
y tengo un infierno aquí.
MARIA. ¡Quintas hoy, qué iniquidad!
¿Por qué á las madres se engaña
y dicen que hay en España
derechos y libertad?
Allí están, cual otros dias
en que mandaban tiranos,
oon los hijos de las manos
cabizbajas y sombrias,
y esclaman con emocion
y encuentran mil, que las crea
que fué, mentira Alcolea,
farsa, la revolucion!
Y tienen razon de mas
esas madres, porque esas,
recuerdan dulces promesas
que no se cumplen jamás!
Hubo generales bravos
que se han tornado inconstantes
y hoy estamos, como antes,
¡convertidos en esclavos!
(*Comienzan á dar las doce.*)
¡Las doce!
JUAN. Vamos.
MARIA. Por Dios!
FELISA Por qué rompen estos lazos?
MARIA. Ya le arrancan de mis brazos.
JORGE. Vamos padre. ¡Madre, adios!
(*Vánse todos precipitadamente por el foro, menos* MARIA *y* FELISA.)

ESCENA XIV.

MARIA, FELISA.

MARIA. ¡Felisa querida!
FELISA: ¡Mi madre del alma! (*se abrazan.*)
Por Dios, de tu pecho
modera las ansias,
quizás libre torne,
qnizás á esta casa
devuelva la dicha
que con él se marcha!
¡La suerte es voluble,
las bolas son tantas!
MARIA. El alma me dice
que no, no se salva.
Y tú, pobre niña,
Felisa adorada,
con dobles motivos
tu llanto derramas.
Si Jorge...
FELISA ¡Silencio!
MARIA. Si Jorge, se salva,
tampoco tus ojos
se enjugan!
FELISA. ¡Oh, calla!
MARIA. Malditas las leyes
que el alma desgarran,
malditos los hombres
que ven nuestras ansias.
y gozan, y rien
en plácida calma!
¡Malhaya las quintas,
terror de la patria,
padron de ignominia
que el pecho desgarran.
FELISA. ¡Por Dios, madre mia!
tu pena me mata!

(*Oyese música de guitarras, como en la escena primera y una voz canta la copla popular.* FELISA *se asoma á la ventana hasta que concluye el canto.*

Los quintos del pueblo
que van en comparsa
su pena ocultando
con bullas y zambra.

YOZ. «Ya sabes que he caido quinto
»y no tengo escarapela,
»dame una gota de sangre
»de tu corazon, morena.»
MARIA. ¡Qué triste lamento!
FELISA. Adios, ya se marchan!
(*Aparecen al foro* JUAN, PEDRO, JORGE *y* JULIAN),
FELISA. ¡Son ellos!
MARIA ¡Felisa!
FELISA. ¡Valor!
MARIA. ¡Virgen santa!

ESCENA ÚLTIMA.

TODOS.

Rapidez, ansiedad, efecto en el cuadro. JUAN, PEDRO *y* JULIAN *forman grupo.* JORGE *abatido queda con los brazos cruzados junto á la puerta.* MARIA *se apoya en* FELISA.

MARIA. ¡Juan! (*con ansiedad*).
JUAN. ¡María! (*idem*).
PEDRO. ¡No se alarmen!
(*Bajo y rápido á Juan*). Don Tadeo...
JUAN. (*Reconcentrado*), Qué importuno!
MARIA. (*Con esplosion.*) ¡Jorge!
JORGE. (*Adelantando un poco*). ¡El número uno!
FELISA. ¡Soldado!
MARIA. ¡Virgen del Cármen!
(*Cae desmayada en brazos de Felisa.*)
JORGE. ¡Madre! (*corriendo á ella.*
JUAN. ¡Qué fatalidad!
FELISA. ¡Triste porvenir me pintas!
(*Mirando al cielo.*)
JORGE. (*Al público con esplosion*).
¡Abajo, pueblo, las quintas,
y viva la libertad!!

TELON RAPIDO.